

Gracia, J. (2014). *José Ortega y Gasset*. Barcelona: Taurus, 687 páginas. ISBN: 978-84-306-0950-5

Sandra Ruiz^a

Catedrático de literatura española en la Universidad de Barcelona, Jordi Gracia nos presenta en esta obra la biografía de una personalidad que ha estado presente en su vida desde temprana edad, ya que como él mismo señala, bajo la dirección de su padre, tanto el propio Gracia como sus hermanos hicieron un verano un trabajo sobre *La rebelión de las masas* trabajando capítulo a capítulo. A raíz de aquí descubrió a un pensador que sigue ocupando un lugar destacado. Por sí solo, el nombre del filósofo madrileño hace atractiva la propuesta de la lectura de estas páginas, a lo que se suma el trabajo profundo y bien conducido de su autor. A través de los 17 capítulos que lo componen, la figura de Ortega aparece retratada desde el peso de su carisma y también de un temperamento que en muchas ocasiones hizo difícil

estar junto a él, unido al tiempo que vivió y las personas que lo acompañaron en su día a día. Es evidente la influencia que él mismo ejerció en otros y la que recibió de otras personalidades importantes de su tiempo, como Einstein, Heidegger o Hartmann. El epílogo cierra el viaje extraordinario que es esta biografía, haciendo un rápido retrato de Ortega que puede resultar un pequeño homenaje. Además, Jordi Gracia recorre al final del libro, junto al lector, las obras de Ortega, ampliando información sobre ediciones, fuentes e instituciones. Acompañan a estas páginas una serie de imágenes de Ortega así como otras relacionadas con su vida.

La imagen que suele aparecer en las fotografías que retratan a José Ortega y Gasset reflejan a un hombre algo serio, que mira con aplomo a la cámara y en cuyos

^a Grupo de Investigación "Emoción, empatía y conducta".

Correspondencia: Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir. Calle Guillem de Castro, 94. 46001 Valencia. España.

E-mail: sanruiz@alumni.uv.es



ojos se ve sin sombra de duda una gran inteligencia acompañada al mismo tiempo de claridad. No es de extrañar, pues los miembros de la familia que precedieron a Ortega fueron importantes periodistas y políticos. Él mismo heredará y plasmará su capacidad para escribir y su inclinación hacia la política, aunque no con el mismo éxito que otros miembros de la casa.

Otro de los rasgos de este filósofo fue su pasión por el conocimiento y su incansable afán de descubrimientos, así como una fe inquebrantable en la necesidad de la educación para que cualquier sociedad se transformara. Ortega fue una persona siempre preocupada por su tiempo, por el ser humano y por las posibilidades de lograr que un país como España y una Europa como la que tenía delante pudieran avanzar y mejorar.

A los 19 años empezó a trazar unos planes que cumpliría con unos 24 años, al viajar a Leipzig, Berlín, Marburgo... para estudiar asignaturas como Fisiología, Anatomía, Histología, Psicología, Filosofía y Griego. Con formación en Derecho y acabada la carrera de Filosofía, aspiró a llegar a ser también ingeniero.

Destaca también en la vida de Ortega el contacto que mantuvo con importantes personalidades y que, de una u otra manera, influyeron en su vida, como fueron Ramiro de Maeztu y su hermana, María, Baroja, Pérez de Ayala, Unamuno, Antonio Machado o Juan Ramón Jiménez o Gregorio Marañón. Con ellos, a veces cerca y otras algo más lejos, Ortega compartió su andadura en lo académico, en lo perso-

nal y en la política, no sin algún que otro enfrentamiento. Porque la figura de este autor fue contundente y si hubo algo que siempre se mantuvo intacto fue su actitud de seguridad en sí mismo y en su forma de pensar. Quizá por ello perseveró tanto cerca de una joven callada y algo tímida, muy católica y procedente de una importante familia, Rosa Spottorno, quien se convertiría en su esposa y madre de sus tres hijos.

Ya en 1906, Ortega redactó un texto que debía ser el discurso que había de leer su padre en los Juegos Florales de Valladolid. En estas 30 páginas ya aparecían resumidas las que serán las ideas más representativas de su tiempo y de sí mismo. Igualmente en ese mismo año se encuentra trabajando en un libro que Giner de los Ríos esperaba que terminara y pudiese publicar cuando Ortega regresara de Alemania.

A su vuelta a Madrid, Ortega comenzó su andadura para contribuir a los cambios que aspiraba a que llegaran a materializarse, como cuando publicó en *El Imparcial* un artículo en el que cargaba contra los políticos. Fue la Restauración, sin lugar a dudas, el período que indignaba a este filósofo y que le empujó en más de una ocasión a expresar abiertamente su descontento. En general, aquello que movía a Ortega, señala Gracia, era “la reforma profunda del carácter español lo urgente, porque el carácter es lo único reformable desde la educación y la enseñanza”¹. Es-

¹ Cf. Gracia (2014: 79).



tos dos últimos elementos fueron pilares fundamentales de la vida de Ortega. Así, el 1 de septiembre de 1909 tomó posesión de la plaza de profesor de Psicología, Lógica y Ética. Será esta una época en la que se dedicaría a sacar varios proyectos adelante, ya que daba clase al tiempo que mandaba editar por su cuenta la tesis *Los terrores del año mil* en la tipografía de El Liberal, y aborda también cuestiones de estética con un extenso artículo de 1910 titulado “Adán en el Paraíso” al tiempo que publicaba artículos periodísticos.

La vida de José Ortega y Rosa Spottorno experimentará un importante giro cuando nazca su primer hijo, Miguel, quien se convertiría en un destacado médico. Ahora José Ortega se ve obligado a reducir su producción filosófica, aunque compense una vez con una importante producción de artículos periodísticos. Pero las inquietudes y la necesidad de ampliar y explorar nuevos caminos hicieron acto de presencia, y figuras como El Cid, Kant, Goethe o Escipión son las que empiezan a fraguar una de sus obras más importantes, *Meditaciones del Quijote*. Esta obra, que surgió casi de forma inesperada, acabará convirtiéndose en una parte inconfundible de su espíritu.

Los viajes y desplazamientos fueron una constante en la vida de Ortega y Gasset. En 1912 regresa de nuevo a España, donde continuará impartiendo clases en el Museo Pedagógico para la Escuela Superior de Magisterio, así como las que le correspondan como Catedrático de Metafísica en la Universidad Central. Sus clases

no serán impartidas al modo acostumbrado, sino que de nuevo será algo diferente en este autor, ya que combinará dos modelos, uno aprendido en Alemania y otro más local.

En ese mismo año, 1912, Ortega vislumbra un cambio en Europa a nivel de la relación que presenta con la metafísica. Consciente de la importancia que puede adquirir una nueva corriente, la fenomenología, redactó tres artículos dedicados a esta cuestión en *Revista de Libros* de 1913. El año siguiente también será importante en la vida de la familia Ortega-Spottorno, pues nace su hija, Soledad, quien seguirá los pasos de su padre y se licenciará en Filosofía y Letras, escogiendo en su caso la especialidad en Historia Medieval. Igualmente importante fue para Ortega 1916, ya que es el año en el que viaja por primera vez a Buenos Aires. Deja atrás una España convulsa, con Miguel de Unamuno destituido de su cargo de rector en Salamanca al tiempo que la Primera Guerra Mundial todavía no da señales de terminar.

Su experiencia en Buenos Aires marcará un antes y un después en su vida por distintas razones. Triunfa como orador, su filosofía es bien acogida y se enfrentará a una de las situaciones que marcó fuertemente su vida, el encuentro con Victoria Ocampo, mujer temperamental y con una impresionante cultura. La figura de Ocampo reaparecerá varias veces en la vida de este autor, aunque no llegaron a superar los desacuerdos que los enfrentaron. Quizá por ello Ortega habló desfavorablemente de las mujeres en más de



una ocasión, lo que curiosamente no supuso obstáculo alguno para que otras dos mujeres volvieran a cruzarse en su vida, Gertrudis Herreros de Tejada, condesa de Bulnes, y la persona que se encargó de sus traducciones al alemán, Helen Weyl.

También es 1916 el año en el que, por una parte, ha de renunciar a sus aspiraciones políticas al fracasar su candidatura a diputado a las Cortes al tiempo que empieza una gran empresa intelectual, *El espectador*, que abarcará ocho números. Su proyecto va “desde los problemas españoles hasta la literatura clásica y reciente, pero también en las ciencias biológicas y las ciencias morales en forma de ensayos de crítica (...)”².

La intensidad y rapidez de los cambios históricos tanto en España como en el resto del mundo son percibidos por Ortega como etapas que se suceden sin tregua y que en su persona se manifiestan en 1920 con el fin de su etapa de articulista. También se agudizan los problemas de salud que llevaba algo de tiempo padeciendo y que se irán haciendo más graves. Pero ello no impide que, de nuevo, las inquietudes intelectuales y académicas de Ortega tomen forma, esta vez como otra de sus destacadas obras, *España invertibrada*.

El golpe militar de Primo de Rivera en 1923 se cruza con el trabajo agotador que está llevando a cabo en el verano de ese año, *El tema de nuestro de tiempo*, casi aca-

bando *Las Atlántidas*, así como *El espectador IV* y el primer número de la conocida *Revista de Occidente*.

Con su tercer hijo en el mundo, también José, la vida de Ortega y Gasset se ve desde otra perspectiva. En esta etapa se produce un punto de inflexión, ya que Jordi Gracia trae aquí la figura de un Ortega para el que ahora pasan a tener más importancia los recuerdos de la casa, de sus hijos, de su despacho... detalles simples como la chimenea, su enorme afición a los coches, su gusto por la fotografía, su afición a la pelota vasca o al frontón. Esta es la cara menos conocida, quizá, porque como señala Gracia ahora ya no es el Ortega que se abre al mundo, “empezaba a fraguar la última y peor de las batallas, la de Ortega contra Ortega”³.

Llevado de nuevo por su personal impulso, reapareció de nuevo en el mundo de la política, publicando una serie de duros artículos en julio de 1926 e hizo frente a un descubrimiento importante: la figura de Mirabeau, a quien dedicó un destacado ensayo.

Otra figura que aparece en el horizonte de Ortega es la de un entonces joven seminarista, que había ganado su cátedra en 1927, estando en el tribunal el propio Ortega. Esa figura es Xavier Zubiri, que marchó a Friburgo a conocer a Heidegger, cuya tesis de habilitación había leído y deseaba conocer más sobre la fenomenología que tanto le había impactado.

² Cf. Gracia (2014: 211).

³ Cf. Gracia (2014: 369).



Sin embargo, Heidegger no supuso lo mismo para Ortega, aunque despertó una actitud que a juicio de Gaos no debía ignorar, puesto que “sin Heidegger Ortega no habría caído en la cuenta del significado de su propia filosofía”⁴.

Nos encontramos ya en 1929-1930 y a este tiempo pertenece otra de sus más conocidas obras, *La rebelión de las masas*, con la que comenzó a perfilar el nuevo horizonte en el que se agitaba la nueva historia de España, del mundo y de la propia vida de Ortega que desempeñará un pequeño papel en el despuntar de la Segunda República. Pero una vez más la intuición de este autor se abre paso en medio de la agitación y advierte que no todo se asienta sobre suelo firme, como cabría esperar. Pese a todo, llegará a presentarse a la votación para presidente de la República, en la que ganó esta vez Niceto Alcalá-Zamora.

Su retirada temporal de la política le permitió volver a las aulas, que serían el canal que le permitiera trasladar sus pensamientos. Y de nuevo lo hizo de una forma original, puesto que muchas veces salía de excursión con los alumnos, impartiendo de esta manera las lecciones.

Un último y definitivo intento por incorporarse al mundo de la política le llevó a recordarse a sí mismo que había sido dado de lado por querer rectificar un proyecto que no iba bien encaminado, advirtiéndolo por ello del peligro de los to-

talitarismos, apelando a la juventud para que virara el rumbo que estaba tomando ese período histórico. Pero, en vista de la situación, abandonó, esta vez sí, de forma definitiva la política, aunque cierto poso de amargura de su vivencia en este terreno le acompañaría en sus últimos veinte años de vida.

La existencia de Ortega y Gasset estuvo jalonada de éxitos, importantes proyectos, viajes y con la ida y venida de muchas personas. Pero también hubo dificultades en su vida. No solo fue la amargura del desencanto de la política lo que acompañó durante tantos años a este pensador, sino problemas, a veces muy graves, de salud, y experiencias duras, como el asalto a la casa que sufrió en 1936, problemas económicos y peligros físicos. Holanda fue el destino elegido, y en 1940 regresó a Buenos Aires. Una leve mejoría le llevó a dedicarse a varios proyectos, como fueron retomar *La aurora de la razón histórica* y *El hombre y su gente*, así como un texto prácticamente desconocido, *Memorias de Mestanza*. El protagonista, Gaspar de Mestanza, hace que aflore en palabras de Jordi Gracia un Ortega que tropieza y no encaja con su tiempo porque “sigue leyendo la realidad del siglo XX con lentes del siglo XIX”⁵.

Algo cansado, Ortega pone rumbo a Lisboa, donde permanecerá durante un largo tiempo. El inagotable empuje del pensador le lleva a varias actividades emprendedoras, como su propia editorial,

⁴ Cf. Gracia (2014: 426).

⁵ Cf. Gracia (2014: 561).



Azar, recuperar los ensayos sobre Velázquez o fundar junto con Julián Marías el Instituto de Humanidades, que logrará cosechar éxitos a través de una importante avalancha de matrículas, a pesar del elevado precio de estas.

En 1949 también hizo frente a dos viajes que tenía pendientes desde hacía mucho y que no se decidía a hacer. Uno es a Londres y el otro a EE. UU., donde todo volverá a brillar de forma espectacular, ya que a pesar del calor habla ante unas tres mil personas. A mediados de agosto regresó a Lisboa e inició una ruta algo extraña, pues viaja a Hamburgo, Berlín, Burdeos, Chartres, Bruselas, Bremen... Las noticias positivas vuelven, ya que en 1951 será propuesto de nuevo para la candidatura al Premio Nobel de Literatura. Sin embargo la personalidad algo compleja de Ortega vuelve a hacer acto de presencia. A lo largo de su vida las tiranteces se hicieron frecuentes, por ejemplo con Azaña, Juan Ramón Jiménez o Unamuno, y esta vez le llevará enfrentarse de nuevo a quienes le rodean, como es el caso de Zubiri, quien se muestra abiertamente molesto porque no lee las obras de Américo Castro, padre de su esposa, Carmen Castro, y por sus

quejas, infundadas a juicio de Zubiri, de ser perseguido por el régimen.

A los 70 años Ortega debe jubilarse, pero a pesar de la cátedra ganada y de haber escalado como debía los escalafones para llegar hasta donde lo hizo, la perspectiva económica que apareció en este momento no era nada buena. Sin embargo, el reconocimiento seguirá presente, como por ejemplo el que recibe en Alemania, donde sigue cosechando importantes éxitos, al hablar ante unas dos mil personas en Bonn.

No obstante, la llama de Ortega y Gasset se va a apagando. Sus problemas de salud, que le han acompañado casi toda su vida, se vuelven mucho más graves. Por ello, *El hombre y la gente*, continuación de *La rebelión de las masas*, no logrará ver la luz. Aunque llegó a regresar a Múnich en 1955, su salud se vio definitivamente destrozada. Su hijo Miguel detecta como médico un agresivo cáncer que se revela en la fase más avanzada. Entre períodos de inconsciencia cada vez más extensos, José Ortega, el hombre que dotó a la razón de una nueva visión, razón vital, va entrando en sus últimos días, hasta fallecer en la mañana del 18 de octubre de 1955.

